

IMPORTANCIA DEL DISCURSO RELIGIOSO E IMPRONTA DE LA BIBLIA EN LA GESTACIÓN DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO¹.

Luz Saceda de la Torre
Universidad Nacional de Educación a Distancia²

Resumen: No es difícil llegar a la raíz donde se gesta la violencia contra la mujer. Violencia que ha sido, a veces manifestada sutilmente y de difícil apreciación y otras, que de manera explícita y virulenta ha permanecido imbricada dentro de multitud de discursos, no sólo en las sociedades actuales, sino de pueblos y gentes ancestrales, y de remotas culturas que interactuando en connivencia sibilina, han logrado un arraigo cuya vigencia permanece hoy en día tan instaurada como lo ha venido estando secularmente. Dentro de estos discursos que hoy en día siguen conformando nuestro ideario se encuentra el discurso por antonomasia, el patriarcal, como elemento consustancial y sustrato de todos los demás. El ínclito patriarca se yergue como obelisco, como único pilar sobre el que se sustentan los demás: soporte de religiones monoteístas, ámbito de influencia vascularizado de todo un elenco de discursos interrelacionados entre sí: político, militar, médico, filosófico, cultural, religioso, literario, artístico, folclórico..., sellando todas las posibles resquicios que pudieran intentar crear la sombra de la duda. En este artículo trataré de hacer un breve estudio de qué estrategias se vale el discurso religioso para marcar estas pautas de comportamiento que someten a la mujer, teniendo en cuenta una serie de artículos de relevancia al respecto.

Palabras clave: Religión, Violencia de Género, Biblia.

Abstract: It is difficult to get to the root where deeds of violence against women. Violence has been, sometimes subtle and difficult expressed appreciation and others, which explicitly and virulent has remained embedded in many speeches, not only in modern societies,

¹ Artículo recibido el 4 de febrero; aceptado el 1 de septiembre.

² lsaceda@madrid.uned.es.

but ancient peoples and nations and of remote cultures cryptic interacting in collusion, have been under a curfew which remains valid today as it has been introduced as being secular. Within these discourses that are shaping today our ideology is the discourse par excellence, the patriarchal and substrate inherent element of all others. This article will try to make a brief survey of what strategies it uses religious discourse to highlight these patterns of behavior that women undergo, taking into account a number of relevant articles about it.

Key words: Religion, Gender Violence, Bible.

1.- Cultura y violencia

La propensión a determinados comportamientos no es algo personal o accidental sino algo sociológico, imbricado en la sociedad y culturalmente arbitrario, tradiciones arraigadas en la sociedad que de manera sibilina estampa su impronta en el cuerpo de la mujer.

El individuo nace en una cultura que ha ido configurándose a lo largo de miles de años y aunque permanece en continuo cambio está constituida de acuerdo con unos parámetros ya establecidos, que delimitan nuestro conocimiento, nuestra forma de pensar y en definitiva hasta nuestra propia identidad.

De la Concha³ hace referencia a ello, manifestando que la construcción del género que la cultura ha impuesto secularmente a la mujer constituye un conflicto permanente, pues no se ha impuesto mediante la violencia sino a través de otros cauces cuyos flujos no han dejado de permeabilizar las distintas corrientes de pensamiento, así como las instituciones. Siendo esto así y sin posibilidad de otras opciones la construcción de la identidad femenina ve la luz ya cercenada, a la vez que estática, lo cual actúa en detrimento de la persona. La cultura y las diversas representaciones culturales constituyen la piedra angular de la universalización de lo femenino, asociado con lo vulnerable, lo pasivo, lo emotivo, contraponiéndose

³ De la Concha, A. "Cultura y violencia de género. Literatura y mito en la génesis de un conflicto secular" *Circunstancia. Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Investigación Ortega y Gasset. Volumen monográfico. La Lucha por la erradicación de la violencia de género.* Año V. nº 12 .Madrid 2007 (p.14).

así a lo masculino. Arguye ésta también, que por mucho empeño que se ponga, no podemos evadirnos, como individuos, de este sistema, cuyas piezas, consistentemente imbricadas unas con otras, anulan de alguna manera cualquier posibilidad de movimiento.

Bartky⁴ aduce que reconocer que la mujer es víctima de la dominación cultural, es reconocer que todo lo que nos rodea – instituciones, lenguaje, arte, literatura, religión...- es sexista ya que refleja la supremacía del varón.

López Hernández⁵ define la violencia como uno de los símbolos de poder, ya que el poder sin ella no existe como máxima expresión. La violencia sólo es una situación de poder de control y dominación. En términos políticos se le llama represión. La violencia constituye una peculiar característica del orden preeminente de un sistema de dominación, no de control ni de consenso, sino de un sistema político desgastado que se ha filtrado lejos de la sociedad y alejado de la legitimidad.

Parece existir un abismo entre la violencia simbólica y la física, pero no es así, precisamente, según relata De la Concha⁶, ahí estriba la dificultad de erradicarla. Es precisamente esta invisibilidad la que impide llegar hasta ella. Siendo uno de los aspectos que contribuye a este silenciamiento la estetización cultural, es decir, la aceptación inconsciente o naturalizada de todo un elenco de imágenes y relatos de violencia. La violencia se ha infligido, arguye De la Concha⁷ (2010:9) a través de la representación de lo simbólico que opera discursivamente creando la ideología de la feminidad, dispersa en múltiples discursos sociales fraguando, dice, una malla cultural que ha hecho que las mujeres acepten y se modelen según estas normas de actuación.

⁴ Bartky S.L (1990) *Feminity and Dominitatino:Studies in the Phenomenology of Oppression*. London. Routlege.(p.25).

⁵ López Hernández, M."La violencia contra la mujer y la alteridad". en <<http://www.machetearte.com/machetes2/1130/doc.13.htm>>

⁶ De la Concha, (2007) A. opus .cit.

⁷ De la Concha (2010) *El sustrato cultural de la violencia de género. Literatura, arte, cine y videojuegos*. Madrid. Síntesis.(p.9).

Desde el campo feminista han sido cuestionados los diferentes sistemas de conocimiento: médico, filosófico, teológico... que se han desarrollado a lo largo de la tradición haciendo distinción, según C. Bernabé⁸, entre los que *a-priori* resultan lógicos; por un lado los que se acercan a la realidad, y por otro los que la organizan. Uno de estos *a-priori* sumamente importante es el del tratamiento de “la diferencia”. En él asegura ésta, que el varón-sujeto cognoscente y conformador de saberes- se convierte en la norma, medida y criterio desde el que se organiza y califica la realidad. Se trata pues de una lógica que entroniza el principio de identidad, en tanto que la comparación y enjuiciamiento se hace en referencia unilateral respecto a la norma. Así se construyen los discursos sobre lo humano desde el *a-priori* de los mismos, con lo cual siempre se primaran las categorías que supongan afinidades sobre diferencias; en tanto que los tipos de ordenamiento de estos saberes serán la segregación y la inferiorización de lo diferente, lo otro. Como resultado de ello, ciertos aspectos como la autonomía, la voluntad son calificados como masculinos en tanto que se desprecia y margina a los sentimientos, emociones y el cuerpo, que son considerados femeninos.

Estas diferencias sexuales constituyen la diferencia de género, roles responsabilidades, atribuyendo a cada uno de ellos predicamentos donde lo masculino se iguala a lo humano y lo femenino se construye como referencia negativa.

El conjunto del pensamiento moderno, como ya estableciera Foucault⁹, se constituye sobre un eje binario, donde se es una cosa y su contrario. La pertenencia a uno u otro sexo y las características atribuidas a él, eran la categoría primordial de la división y organización de la realidad y las relaciones. La actividad, lo espiritual, la razón, la cultura, lo público y su organización eran principios de lo masculino; la pasividad, la emoción, la naturaleza, junto con lo privado constituyen las características del sexo femenino. Bernabé¹⁰ en su interesante artículo sostiene que este sistema dual de binarios,

⁸ Bernabé Urbieto, C. "Un proyecto holístico: la teología femenina" *La mujer y la teología. Revista de pensamiento Cristian.* Valencia. nº 191. 1997 (p. 368).

⁹ Foucault. M. (1973) *Historia de la Sexualidad. Vol I. México. Siglo XXI Editores.*

¹⁰ Bernabé Urbieto, C. (1997) opus cit.

esta atribución dualista de las tareas no puede seguir manteniéndose ya que es simplista y constituye una jerarquización interesada, porque desde ella diferentes lugares, características y funciones se otorgan según la pertenencia a uno u otro sexo, siendo el sexo masculino norma y referente y el femenino “lo otro”, el complemento.

Dado que todos actuamos según nos dictan nuestras ideas y estas responden siempre a una creación cultural –instauradas en el espacio y en el tiempo- querámoslo o no nuestra perspectiva a la hora de juzgar las cosas está de antemano delimitada. Así pues, lo que la sociedad a la que se pertenezca considera un comportamiento de hombre o mujer influye sobremanera en la idea que ellos mismos tienen de lo que debe ser masculino y femenino y de cuál es la actitud correspondiente a cada género. Mc Dowell ¹¹ asegura que las nociones prácticamente universales, intocables e inalterables de la feminidad sólo son posibles en un icono o una imagen, como la de la Virgen María; para todas las demás, las ideas establecidas cambian en el tiempo y el espacio.

M. J. Arana ¹²(1997) sostiene que esta opresión que sufren las mujeres es multiseccular, se prolonga indefinidamente a lo largo del tiempo, es integral, ya que abarca todos los ámbitos de la existencia; es pluricultural, plurirreligiosa porque está omnipresente en todas las culturas y religiones del mundo. El orden natural definido constantemente por Graciano, Santo Tomás y otros pensadores, tanto laicos como religiosos, es escrupulosamente definido y se deduce que las mujeres son inferiores y por tanto “el menor debe servir al mayor”. Estos pensadores sólo tomaban esquemas ya heredados del pasado que reforzaban y proyectaban con más fuerza hacia el futuro. Lo cual las fija en perpetua subordinación, en absoluta dependencia e incapacidad legal y real en cuanto a todos los ámbitos civiles y eclesiásticos.

Patriarcado

En general el término patriarcado significa la ley del padre, el control social que ejercen los hombres como tales sobre esposas e hijas. El patriarcado es aquel sistema que estructura la parte masculina

¹¹ Mc Dowell (2000) *Género, identidad y lugar*. Madrid. Cátedra.p.20.

¹² Aran, M.J. *Rescatar lo femenino para reanimar la tierra*. Cristianismo/Justicia. Nº 78.1997.

de la sociedad como un grupo superior al que forma a parte femenina, y dota al primero de autoridad sobre el segundo. Las sociedades más avanzadas presentan innumerables formas de estructurar, organizar y reforzar la superioridad y el control de los hombres sobre las mujeres, por ejemplo, como asegura Mc Dowell¹³ a través del ordenamiento jurídico, de los impuestos, del sistema de seguridad así como del comportamiento cotidiano.

Walby¹⁴ a lo largo de su obra, afirma que las relaciones patriarcales en las sociedades industriales avanzadas se construyen y se mantienen gracias a seis estructuras analíticamente separables en, las que los hombres dominan y explotan a las mujeres: la producción doméstica (los hombres se apropian del valor del trabajo doméstico no remunerado); las relaciones patriarcales en el trabajo remunerado (las mujeres quedan relegadas a tareas peor pagadas); las relaciones patriarcales en el plano del estado (los hombres dominan las instituciones y elaboran una legislación claramente desventajosa para las mujeres); la violencia machista (ligada profundamente a las relaciones patriarcales en el terreno de la sexualidad (los hombres controlan el cuerpo femenino); y las relaciones patriarcales en las instituciones culturales (los hombres dominan tanto la producción y la forma de los distintos medios como las representaciones que éstos ofrecen a la mujer).

Hagamos alguna puntualización en el punto de la importancia del cuerpo. El cuerpo y la corporeidad constituyen un espacio en el que se localiza al individuo y sus límites resultan impermeables respecto a otros cuerpos. Los cuerpos son materiales y poseen distintas formas y características a la vez que es percibido por los demás.

El cuerpo femenino, según Bourdieu¹⁵ está expuesto a la mirada ajena, la mirada masculina. Esta mirada masculina va a ser la que dé o no su aprobación según se acerque a los cánones de belleza actuales. El cuerpo de la mujer, como objeto, ha tratado de ser moldeado a lo

¹³ McDowell (2000) opus cit. p.33.

¹⁴ Walby, S. (1990) *Theorizing Patriarchy*. Oxford. Blackwell.

¹⁵ Bourdieu, P. (2003) *La Dominación masculina*. Colecciones Argumentos. Barcelona. Anagrama.

largo de la historia y en distintas y distantes culturas. Ejemplo de ellos los pies liados de la mujer china, para mantenerse diminutos y atraer así la mirada masculina, el cuello estirado de las mujeres jirafas en Tailandia, los corsés del siglo XIII que impedían la respiración a las mujeres llegando a desvanecerse con frecuencia y en la actualidad los cuerpos anoréxicos y andróginos que se pasea por las pasarelas como ejemplo de feminidad. Como se puede apreciar el cuerpo se constituye objeto de interés personal. A finales del siglo XX el cuerpo se yergue como motivo de culto: deporte, dietas, intervenciones quirúrgicas, y todo tipo de cuidados estéticos.

No debemos olvidar que el cuerpo y la conducta sexual son construcciones sociales, “constructos” como los denomina Foucault en su *Historia de la Sexualidad Vol. I*, y por tanto, son susceptibles de ser alterados conforme a determinadas ideas, no menos susceptibles de cambios, algo que bajo la apariencia de naturalidad, esconde una norma completamente arbitraria. El idealizado cuerpo, deseado y deseoso del capitalismo tardío necesita cultivarse para ofrecer una imagen pulcra y aceptable que triunfa en esta época. La esbeltez se consigue con dieta y deporte así como otros avances quirúrgicos que eliminen o reformen. Aquí es donde la mirada ajena pasa a ser interiorizada por las mujeres que la asumen como propia. Bartky¹⁶ expone en su estudio al respecto que los sujetos dominados han interiorizado tanto la mirada del dominador que la sienten como propia y llegan a hacer converger sobre ellas el hecho de ser “vistas” y a la vez “visoras”. No hace falta otra persona para ensalzarlas o recriminarlas, en términos de Foucault, conforma lo que él denomina como “cuerpos dóciles”, unos cuerpos que han asumido la norma, la han acatado y la propararán.

Este quizá represente uno de los principales puntos de inflexión en la subordinación de la mujer es su asociación con la naturaleza. Ella parece estar más cerca de la naturaleza que el varón. Por tanto ve como más que individuo como tal, va sentirse representada por su cuerpo en multitud de ocasiones, y su cuerpo como tal, va estar expuesto a la mirada del otro, a la mirada masculina.

En cuanto a la violencia machista a la que nos referíamos anteriormente viene gestándose paso a paso. Empieza siendo una

¹⁶ Bartky, S. L. (1990) opus cit. p.38.

violencia simbólica en la que se asegura la dominación y así se asegura y legitima la violencia directa. ¹⁷Bordieu afirma cómo las divisiones constitutivas del orden social –siempre llevadas a cabo por cuerpos sexuados– se inscriben de maneras diferentes de comportamiento como resultado de estos principios opuestos entre la identidad masculina y femenina. Estas divisiones, asegura Bordieu ¹⁸ que constituyen el orden social actúan como resultado de comportamientos corporales, por un lado y por otro, esquemas de percepción. La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador cuando no dispone para imaginarle o imaginarse a sí mismo. O la relación que tiene con él no es otra que la que comparte con el dominador y al ser el propio dominado, hace que la relación parezca natural. Es en este momento a partir del cual el dominador Bordieu ¹⁹ ha conseguido dominar; cuando el dominado adopta su mismo punto de vista. Para Plaza Velasco ²⁰ habría que retrotraerse a un concepto sutil y muy velado, pero muy complejo y a las distintas representaciones culturales a través de las que inocular hasta llegar a las instituciones, así como el lenguaje que se utiliza y ejercita dentro de ellas, lo que constituye un mecanismo de “poder vascular” que, sibilamente dará paso a una violencia simbólica que posteriormente se materializará en una violencia física. Esta “fuerza simbólica”, por lo tanto, es una forma de poder que se ejerce sobre los cuerpos.

Es así es de esta forma que las mujeres se ponen de acuerdo con los hombres para aceptar los signos de posición inferior. Este concepto de violencia simbólica nos acerca a la violencia de género puesto que se sitúa en la gestación de la propia identidad. Toda esta violencia se gesta a través de los discursos. Los discursos que estructuran nuestra percepción de la realidad dando forma a los textos y textualizando dichas formas están regidos por las instituciones y dado que las barreras institucionales, en especial las que atañen a la lengua, están en su mayoría en manos de varones,

¹⁷ Bordieu, P. (2003) opus cit. p. 54.

¹⁸ Ibid p.49.

¹⁹ Ibid p. 51.

²⁰ Plaza Velasco, M. Sobre el concepto de “violencia de género”. *Violencia Simbólica, Lenguaje y Representación*. Universitat de València. <www.uv.es/extravio> 2007. p.133.

resulta pues imposible el que se adecuen a esta percepción masculina de la realidad, la noción de identidad que las propia mujeres tienen de ellas mismas. De la Concha ²¹hace hincapié en la manera en que estas ideas van permeando a través de los distintos discursos que imperan en la sociedad que, a tal efecto, ejercen influencia sobre nuestras conciencias, tendiendo a aceptar como normales y por ello tolerar la pervivencia de imágenes, manifestaciones y comportamientos portadores de una violencia sexista normalizada en la cultura. El discurso es pues algo que pretende algo más. Una estructura discursiva puede ser detectada en la forma de comportarse, de expresarse o de pensar. Así pues el discurso de feminidad o masculinidad constituye unos parámetros sobre los cuales los individuos actúan. Sin apenas percibirlo estamos entrando en el juego de los estereotipos.

Según Mills²² los factores de: Verdad, Poder y Conocimiento son vitales para el discurso ya que se basa en ellos. La Verdad, en cuanto a que es algo que las sociedades tienen que producir, ya que la autoridad se fundamenta en ella. La posesión del Poder es lo que permite que unos grupos puedan limitar la libertad de otros y actúa dispersándose a través de las relaciones sociales.

Deteniéndonos en el discurso religioso podría decirse que éste ha constituido a lo largo de la historia una fuente inagotable de recursos por parte del patriarcado en su lucha por la supremacía del varón. Textos, imaginaria, tradiciones y costumbres. Todo en la corriente unívoca para la obtención de un solo fin: relegar a la mujer a un segundo plano.

El discurso religioso co-actúa junto con otros discursos: el mítico y el médico, junto con otros para la común consecución de su única finalidad.

Las instituciones, entre ellas la religiosa, son difíciles de cambiar pues están muy arraigadas en la tradición de una sociedad. Una vez que el poder se ha atrincherado en ellas, sólo se modifican

²¹De la Concha (2010) opus cit. p.8.

²²Mills, S. (1997) *Discourse*. London. Routledge.

lentamente y con un gran esfuerzo. Cambiar el orden ancestral asentado sobre viejos pilares es una tarea ardua, lenta y no exenta de riesgos. Habida cuenta de esta dificultad que existe en las instituciones y ese rechazo a cambiar el más mínimo detalle dentro de ellas, el hecho de que las mujeres puedan conseguir institucionalizar su poder colectivo, resulta un hecho clave para la consecución de sus logros. Lips²³ asegura que las mujeres, dentro de la religión, siempre han sido menos poderosas que los hombres debido a los roles de género, lo que hace que estén desigualmente valorados.

Una auténtica comprensión de los cambios que se han ido llevando a cabo en la condición de las mujeres, así como en las relaciones entre los sexos sólo puede alcanzarse, paradójicamente, a partir de un análisis de las transformaciones de los mecanismos y de las instituciones encargadas de garantizar la perpetuación del orden establecido de los sexos. El trabajo de reproducción quedó asegurado hasta una época reciente, por tres instancias principales, la Familia, la Iglesia y la Escuela que, objetivamente tenían que actuar con las estructuras inconscientes. La Familia es la que asume sin duda el papel principal en la reproducción de la dominación y de la visión masculina; en la familia se impone la experiencia precoz de la división sexual del trabajo y de la representación legítima de esa división, asegurada por el derecho e inscrita por el lenguaje. La Iglesia, por su parte, habitada por el profundo antifeminismo de un clero dispuesto a condenar todas las faltas femeninas a la decencia y a la función reproductora da una visión pesimista de las mujeres y de la feminidad, inculcando una moral pro-familiar enteramente dominada por los valores patriarcales, especialmente por el dogma de la inferioridad natural de las mujeres, actuando, además, según, manifiesta Boudieu²⁴, sobre la estructura histórica del inconsciente y a través, del simbolismo de los textos sagrados.

La afirmación de que el alma pertenece a Dios y el cuerpo al marido, era moneda corriente en los pensadores del Medievo, pensamiento perpetuado por las religiones monoteístas llegando así al origen del porqué de este sometimiento, posesión, incluso violación de las que las mujeres han sido objeto. Es público y notorio que

²³ Lips, H.M (1992) *Women, Men and Power*. California. Myfield Publishing. p. 3-15.

²⁴ Bourdieu 2003. Opus cit p. 107-108.

históricamente, casi la totalidad de personajes poderosos han sido hombres. Las divinidades en las religiones monoteístas son, por antonomasia, representados por varones. Hay un lazo especial que les une a Dios.

El Dios Judeo Cristiano crea a su hijo hecho a su “propia imagen y semejanza”, por tanto lo crea varón. Parece que tanta responsabilidad no puede albergarse en manos femeninas. De hecho, las metáforas y epítetos que se suceden en los textos sagrados, hacen clara referencia a lo masculino.

Estas relaciones de poder religioso institucionalizado se retroalimentan del sistema general de poder social justificando el que la mujer haya de estar sometida al marido, de ahí su extendida aceptación.

Toda religión es un sistema de creencias que han dominado al mundo a lo largo de la historia. A partir del momento en el que en la religión deja de haber culto a las Diosas, en especial la ancestral Gaia, la imagen de la mujer se degrada rápidamente al perder su representación divina.

En los tiempos modernos la burguesía siempre ha ido de la mano y amparada en la religión. Podría decirse que la burguesía estaba constituida como una especie de apéndice del orden divino cuyo microcosmos era el hogar y la familia, a modo de analogía con Dios y el orden divino que éste mantenía. El burgués de antaño pensaba que al conservar el orden establecido se ponía al servicio de Dios y de la civilización. Así pues el deber de todo hombre de bien era, según voluntad de Dios, alcanzar la felicidad y la bonanza económica. Para la mujer, sin embargo, hay reservadas otras tareas. La armonía en el hogar y la procreación actúan como pilares básicos de una sociedad cuyo núcleo principal es la familia tradicional. El hombre buscará en la esposa fuerza para emprender, actuar y luchar, ella sólo tiene que poner en sus manos su existencia y él le dará un sentido. Para ella supone una renuncia pero tiene como recompensa ser guiada y protegida por la fuerza masculina. La mujer como esposa y madre ha de encontrar en el matrimonio el sentido de su vida, por el contrario existe toda una serie de castigos diversos infligidos para aquellas que por comodidad o rebeldía han rehusado seguir ese modelo. Hay que recordar que aquí radica, precisamente, uno de los puntos donde tiene lugar el germen de la violencia. La sumisión

entendida a cambio de protección acarreará la subordinación de la mujer por parte del hombre.

La religión establece un orden jerárquico en el que la mujer ocupa los últimos escalafones. Por el contrario el varón es el que ostenta el poder de Dios en la tierra. El pensamiento burgués considera que la conservación del orden establecido se pone al servicio de Dios y de la civilización.

Esta imagen de mujer como causa de los grandes males del mundo también aparece en la Biblia dando comienzo a la tradición cristiana. Aquí aparecerán mujeres como Judith, que valiéndose de sus encantos, consigue cortar la cabeza de Holofernes; Dalila, cuya perversidad causa de la perdición de Sansón, Salomé, que consigue con ardid femeninos y por orden de Herodes, la cabeza del Bautista. De la misma manera que Jezabel, la mujer maldita, que también se adorna para llevar a cabo el engaño de su enemigo, el rey. Jezabel, princesa fenicia, reina de Israel, logró el trono asesinando a sus hijos. Según la Biblia, Jezabel convenció a su esposo, Acab, para que le diera la espalda al Dios de Abrahán y construyera para ella un templo pagano, lleno de iconos. Las mujeres, de alguna manera, afrontan o desequilibran la ley divina.

La imagen de la violación de mujeres aparece con frecuencia en cualquier forma del arte, como en la mitología y la literatura. Los transmisores de la cultura tratan de adiestrar a sus pupilos para que estos lo asimilen. Mediante la asimilación de hechos como estos ni siquiera se plantea la violencia que llevan implícita.

Pero existe una ambivalencia: las mujeres aparecen como provocadoras y víctimas al mismo tiempo. La explicación de esta doble visión de la mujer (ángel y demonio) se aprecia ya en los distintos relatos bíblicos y en la mitología. Las mujeres, con sus encantos al servicio de la perversidad, arrastran al varón a la perdición por lo que es conveniente mantenerse alejado de ellas. Por el contrario, las mujeres dóciles que ejercitan convenientemente el papel que les ha sido asignado, no revisten peligro alguno, son inocuas, en tanto que así se mantengan. Ambos aspectos se encuentran vinculados y son de algún modo inseparables.

En la religión cristiana, la Virgen representa, según Warner,²⁵ un símbolo mucho más radical en la línea patriarcal, puesto que no sólo es prescriptivo de ascetismo moral, sino que también es una prueba de fidelidad conyugal por parte del cónyuge –esposa. Toda esta mitología se renueva, dice, en la época Victoriana, haciéndose eco y portavoz de todos estos valores, restituyendo así su oficialidad amparada por el peso de la tradición y perpetuándolo mediante los distintos organismos institucionales con los que cuenta el poder; religión, arte, escuelas... y ayudando de este modo a instruir e instituir este mito como “verdad indiscutible” del pensamiento e identidad occidentales.

Según la versión canónica, hombres y mujeres son en su raíz igualmente responsables de la vida y el pecado que define su existencia dentro de la historia, pero hay otro relato, apócrifo, que como tal ha quedado fuera de la Biblia, aunque ha tenido y sigue teniendo gran importancia en la simbología de lo masculino y femenino: el mito de los ángeles violadores, que se enamoraron de las bellas mujeres, buscando en sus cuerpos aquello de lo que carecían: la sangre menstrual (símbolo de violencia) y la descendencia (el poder sobre los hijos).

La Biblia, que constituye el pilar sobre el que se sustenta la religión cristiana, sin embargo cuenta en algunas de sus páginas con ciertos pasajes que podrían ser entendidos como forma de violencia sin paliativos.

Esto nos induce a pensar que si en la Biblia siempre han estado latentes ciertas formas de violencia y la sociedad occidental ha establecido sus pilares en las creencias religiosas que de ella emanan, tal vez sea el germen de muchos de los males que afectan hoy a nuestra sociedad y que pasan inadvertidos ante los ojos de todos ya que, de alguna manera “siempre han estado allí”. Habría, tal vez, que empezar a des-construir estos cimientos, revisarlos y re-construirlos desde una nueva perspectiva, que analice y descarte ciertas formas de violencia que han sido presentadas como dogmas. Prueba de ello es

²⁵ Warner, M. (1996) *Monuments and Maidens. The Allegory of the female form*. London Vintage. p. 124.

que la mujer es representada en la Biblia como portadora del pecado original, nacida de una costilla de Adán.

La Biblia, argumenta Warner,²⁶ engranó con la opinión griega. El principal argumento bíblico es que si la caída ilustraba la perversidad de la mujer, la Creación probaba la primacía del hombre. Aunque el antiguo prejuicio es, por supuesto, negado enérgicamente en los círculos eclesiásticos hoy en día, éste sigue sosteniendo el ideal cristiano de la mujer. Las leyendas de la Biblia se trasladan a la ética, los mitos, se convierten en moral y las historias en preceptos.

Warner persiste en hacer hincapié acerca de la frecuencia diaria con la que se intercambian ideas, objetos, artículos y demás artilugios portadores de imágenes femeninas y a medida que actuamos vamos propagando esa especie de alegoría viviente. Estas formas culturales presentan el cuerpo de la mujer a modo de alegoría como forma de expresión de deseos y virtudes. A menudo el reconocimiento de la diferencia entre el orden simbólico de hombres de estado, juristas, inventores, etc. depende en gran medida de la improbabilidad de que las mujeres participen de los conceptos que sus cuerpos representan. De este modo la ausencia de símbolos femeninos y la consiguiente preponderancia del varón constituye un indicador de la depreciación de la mujer como grupo y como individuo.

El hecho de haber reconocido a la figura femenina como universal pone de manifiesto que su antítesis, la figura masculina, representa lo individual. La forma femenina pues, no se refiere a una mujer en particular, ni siquiera como grupo, ni siquiera como a la naturaleza femenina, sino que concibe a lo femenino como algo abstracto. Por tanto la figura femenina es un signo dominante pero con multitud de significados y representaciones. El cuerpo femenino es una proyección de fantasías, deseos, terrores para los hombres y por añadidura para las propias mujeres. Esta confrontación entre la convención artística de la mujer y su realidad social produce un significado y es que al representar a la feminidad como imagen de virtud incitan a muchas mujeres a actuar de acuerdo con esta imagen de la feminidad. Lo que M. Warner²⁷ expone es que estamos viviendo en el presente bajo las formas femeninas que en el pasado fueron adoptadas como lenguaje alegórico lo cual nos inculca a entrar en un

²⁶ Warner, M. (1996) opus. Cit. p. 238.

²⁷ Warner, M. (1996) opus cit. p.296.

proceso impercedero del imaginario tanto individual como colectivo por el cual se imita y se considera un proceso natural.

La imagen que de la mujer hace la Biblia y con la esencia con la que ha llegado hasta nuestros días: de objeto, de recipiente donde se alberga la semilla que forma un nuevo ser humano. Si la mujer es la vasija donde tendrá lugar la creación, por tanto, pierde todo derecho de decidir sobre su propio cuerpo.

El pensamiento masculino, tal vez influido por la Biblia, transmite esta idea de mujer *asimilada, naturalizada e idealizada* en su papel tradicional dada su estructura anatómica abocada a su destino natural inevitable: la procreación y conservación de la especie. El cuerpo de la mujer incita al pecado, hay que someterlo a unas normas de comportamiento bajo estricta vigilancia. No se puede dejar la poderosa sexualidad de la mujer funcionar a su libre albedrío. El hecho poder engendrar vida y de alimentar son dos aspectos de su sexualidad amenazadores para el patriarcado y han de ser controlados por este. El cuerpo de la mujer es un botín demasiado valioso que hay que poner a buen recaudo. Es por eso que la castidad femenina siempre ha sido supra-valorada, ya que siempre se ha justificado como medio para salvaguardar la intrusión del enemigo en una sociedad basada en el parentesco en las que por tanto las líneas claras de descendencia biológica tienen tanta importancia.

Cumplen con su deber de madre y excepcionalmente aparecen cuando se presentan como cuerpos yermos y estériles, a la postre, amenazadores. Aparecen varios ejemplos de mujeres que se infravaloran y se culpabilizan por no haber podido dar hijos a sus maridos. De la Concha hace un exhaustivo e interesante artículo titulado “La figura materna: un problema transcultural. Reflexiones sobre su representación en novelas de autoría femenina”(2004) en el que hace un estudio acerca de la complejidad de la maternidad y su a veces “perversa utilidad” en el que se demuestra magistralmente cómo la función materna presenta una realidad ubicua como necesario principio estructurador de la organización social, así como la ambivalencia en torno a dicha función, que por un lado se ensalza y por otro, subrepticamente se degrada. Resulta curioso el detalle de que la iconografía que se desarrolló en el Barroco y el Renacimiento presente santos y mártires de aspecto feminoídes, en cuanto a sus posturas, gestos y demás ademanes considerados típicamente

femeninos, lo cual parece relacionarse con su aspecto célibe y meliflúo.

Desde la antigüedad ya se han venido marcando las pautas de comportamiento para cada género. La práctica de la feminidad conduce a que estos cuerpos femeninos sean por tanto dóciles y se sometan a regulaciones, sujeciones y otros tipos de modificaciones, es decir, que sean siempre susceptibles de mejora. La obliteración de la mujer en la Biblia, señala Navarro, es directamente proporcional a la invisibilidad que exhalan sus cuerpos ²⁸. Ellas no tienen vida propia, son silenciadas.

En la Biblia en general y en el Antiguo Testamento en particular la autoestima de las mujeres está vinculada al nacimiento de los hijos, por supuesto varones, de lo contrario ni se la considera. Así que Jesús le hace el favor a Lea de que engendre un varón, Génesis. 29, 31, 32. Lo mismo ocurre con otras dos mujeres a las que recompensa concediéndoles el favor de engendrar hijos Éxodo 1:17,20, 21. Y de igual manera responde a la súplica de Ana 1 Samuel 1: 10,20. También los profetas condenaban la explotación de las mujeres y el uso de la fuerza contra ellas como en Jeremías 22:2,3. Las mujeres casadas, de igual manera, no debían ser víctimas de los hombres que se aprovechen de ellas y que las maltraten o sometan a abusos, sino que han de ser el virtuoso complemento de sus esposos, Génesis 2-18. En los proverbios se habla de la “esposa capaz”, haciendo especial hincapié en la posición que ocupa la mujer. Ésta ha de ser enérgica, hacendosa, llena de bondad y sabiduría, Proverbios, capítulo 31. De hecho, no ha de extrañar que la Biblia ya nos presente a la mujer, no como imagen de Dios, sino creada a partir de la costilla de un varón al cuál ha de servir, puesto que es la razón de su existencia. Génesis.3, 16. San Pablo, en su epístola 1Corintios 11-9 recrimina a las mujeres insistiendo en que éstas han de llevar velo porque no están hechas como los hombres, a imagen de Dios. De hecho en Éxodo. 20-17, entre las posesiones de un hombre: ganado, cosecha, etc. se encontraban las mujeres. De manera explícita en el noveno mandamiento aparecen las posesiones del hombre por el siguiente orden: No desearás la casa de tu prójimo, ni su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno: nada de lo que le

²⁸ Navarro, M. (dir) (1996) *Para comprender el cuerpo de la mujer. Una perspectiva bíblica y ética*. Navarra. Verbo Divino. p. 151.

pertenezca. El mismo adulterio se constituye como pecado contra la propiedad, por eso está obligada a obedecer a su marido como dueño y señor. Para tener una apreciación de cómo es vista la mujer desde el punto de vista divino debemos remitirnos a los Colosenses 1:15, es decir, que por otra parte, son respetadas y opinan que es intolerable cómo las tiraniza, pero a cambio de esto no se les concede ningún atisbo de libertad, han de permanecer subordinadas al varón mediante una forma u otra. Las mujeres, por otro lado, eran proclives a ser violadas y Jesús lo evita dos ocasiones, Génesis.12:14-20 y 20:1-7.

Con relación con la simbología y el espacio ocupado por la mujer, la Biblia forma parte de los elementos básicos y tradicionales sobre los que se sustenta la forma de pensamiento actual. De la Concha, hace la siguiente aclaración:

“La escritura y las artes plásticas han sido el instrumento singularmente eficaz de un proceso continuo de inscripción y reinscripción de simbolizaciones que, inmortalizadas en forma de mitos, se erigen en poderosas mediaciones con una incalculable capacidad de generar apariencia de realidad.” (en Bengoechea y Morales²⁹).

La Biblia es leída y estudiada continuamente por millones de personas, y en cierta medida la violencia de género encuentra ahí su apoyo y justificación religiosa. No deja de sorprender las reacciones de enfrentamiento que provocó la obra de Saramago de *El evangelio según Jesucristo*, en donde se representa una visión más humana de la sociedad de aquel tiempo, en la que se pone de relieve el machismo que impera en el Antiguo Testamento y que determina la vida de aquella época en la que aparece la figura del varón como superior a la mujer en todo momento, y que por tanto creó cierto revuelo en los círculos más conservadores. A la pregunta de quién tiene la culpa de la violencia de género habría que añadir ¿cómo se puede evitar? Y

²⁹ De la Concha, A. *Los Discursos Culturales y la configuración de la feminidad*. En Bengoechea, M. Morales M. (eds) “Mosaicos y Taraceas”. Universidad de Alcalá de Henares. Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares. p.26.

entonces habría que alejarse de algunos dogmas religiosos. Bernabé³⁰ sostiene que a la hora de enfrentarse a la biblia hay mujeres que ven en ella el texto legitimador de la opresión a la que han sido sometidas, desde la minusvaloración como sexo hasta la justificación de la violencia doméstica y su sometimiento a ella sin queja alguna.

En la Biblia, el cuerpo de la mujer y su función reproductora-maternidad- es todo un ejemplo de cuanto los hombres envidian, temen, desean y quieren controlar. Y de la misma manera también se atisba lo que las mujeres aprecian, por lo que se angustian, luchan y rivalizan entre ellas. Para ellas la herramienta de la seducción – maternidad- será la más valiosa ya que es la única que posean para alcanzar algún grado de poder. La maternidad, presentada como eje clave, encrucijada de caminos y fuente de discordia, estaría a medio camino entre las dos principales estrategias, ideológica y de educación ya que por una parte es una función vital y a la vez una institución social.

Tal vez sea debido a este discurso que el cuerpo de la mujer y en un más amplio sentido, lo femenino, hayan inducido a un miedo sobrecogedor por parte de los varones quienes debido a ello hayan estado siempre, y en todo momento en alerta contra este enemigo y en guardia para salvaguardar su hegemónica posición. La tradición ha inculcado a los varones la desconfianza hacia la mujer, la cual haya actuado en la forma que lo haya hecho, siempre se ha considerado que era incorrecta y que debía haber hecho lo contrario. El patriarcado, por norma, ha aleccionado a los hombres a desconfiar de la mujer, su belleza sólo ha acarreado la desgracia y si no es agraciada físicamente poca valía se le otorga. Si es inteligente, sólo puede conducir al hombre a la ruina por querer imponerse a él, y si es zafia, bastante tiene el pobre marido que la tenga que mantener. Ante tal imagen de la mujer que la tradición ha venido divulgando no cuesta demasiado entender que su patrón no encaja con el perfil que el patriarcado quiere de ellas, lo cual conlleva a una frustración continua por no saber cómo acertar con su comportamiento ante determinadas situaciones.

³⁰ Bernabé Ubieta, C. (1997) opus cit. p. 373.

M. Warner³¹ se cuestiona en *Tú sola entre las mujeres* haciendo referencia a la contradicción que supone que a la Virgen María, paradójicamente siempre se le haya concedido un papel secundario siendo la madre de Jesús. Si tan importante es el papel de madre, y además Jesús tiene por madre a la Virgen, a su vez madre simbólica de todos los cristianos ¿no resulta paradójico el minimizar tanto su papel en la Iglesia cuando el patriarcado otorga a las madres tanta importancia? La iglesia se sirve de la maternidad de la Virgen como ejemplo a seguir para las mujeres cristianas y, a mi modo de ver, evitar que asuma otros papeles que, según esta institución no le correspondería desempeñar.

La maternidad, dice Chodorov³², sigue siendo crucial en la organización social de los géneros y está estrechamente implicada en la construcción y reproducción de la dominación masculina. Los hombres al estar en la esfera pública siguen controlando las instituciones y con ellas el control político, que abarca el matrimonio como institución y por tanto el derecho del hombre en la capacidad sexual y reproductiva de las mujeres. Al ser las actividades más valoradas aquellas que ejercen los hombres, los mitos y discursos evocan por doquier la naturaleza inferior de las mujeres; al hombre se le atribuyen ciertos valores más y a la mujer menos. Esa supremacía del sexo masculino sobre el femenino es ejercida en todos los ámbitos. Una sola función escapa a esta desvalorización sistemática: la maternidad. Pero este aspecto es el que a la vez las va impedir acceder a los más altos rangos de la política, el ejército, el sacerdocio

La maternidad, ha sido en líneas generales, el camino marcado por el patriarcado a las mujeres, no todas han querido tener hijos y han quedado proscritas en su entorno infundiéndoles la creencia de mujeres incompletas, mujeres con “tara”. El patriarcado ha hecho lo imposible para lograr que la maternidad sea entendida como únicamente posible dentro de un entorno familiar que legalice al recién nacido, y penalizando a todas aquellas mujeres que no han querido o podido criar hijos dentro de la familia patriarcal. Pero hay

³¹ Warner, M. (1991) *Tú sólo entre las mujeres. El Mito y el Culto de la Virgen María*. Versión Castellana J.L. Pintos. Madrid. Taurus.

³² Chodorov, N. (1978) *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. University of California Press. p.9.

una nueva sociedad incipiente, un camino abierto en el que la maternidad está cambiando como concepto a tener en cuenta. Se abren nuevas perspectivas en las que la maternidad encaja no como idea, meta única sino acompañada por otras metas profesionales y sociales de la mujer.

Basándose en los antiguos pilares de creencias, la idea de aquellos que mantienen el pensamiento de que la mujer es propiedad del hombre y un ser hecho para la domesticidad, y lo que constituye esta institución como jerarquía, está basado en la “naturalidad” de estas relaciones, “ya que siempre ha sido así”, lo cual lleva a la apropiación más absoluta de la voluntad de la mujer por parte del varón y que, por desgracia, no se limita a épocas pasadas, sino que sigue en vigencia reafirmandose y prolongándose en el tiempo, abarcando todas las culturas del globo. Hay mucho camino que recorrer hasta desprenderse de este bagaje, tan extendido a la vez que interiorizado. Este instinto de dominación no controlado es causante de graves consecuencias. Por tanto resulta de meridiania importancia que haya que tener en cuenta que hoy en día todavía hay gran parte de población, tanto masculina, como femenina que sigue siendo portadora e instigadora de estas ideas las cuales, actúan en connivencia con el intento de esta supremacía masculina sobre la femenina, pero a la vez, estos individuos se encuentran insertos en una sociedad moderna y democrática donde las cosas ya no funcionan así, y este “choque” cultural es el que, a mi modo de ver, provoca la resistencia de algunos grupos a perder su hegemonía y a adentrarse en un mundo igualitario y por tanto considera que las mujeres están acaparando terrenos y competencias que, por tradición, no les corresponden. El único reducto que les queda para no perder su “status” es el intento de sometimiento de la persona más vulnerable y más cercana, en la que poder descargar todas sus iras ya que, en muchos casos consideran que por el hecho de ser mujer, les debe obediencia, por ser él el “varón” de la relación. Estos individuos empiezan ejercitando una violencia simbólica en su víctima y, en muchos casos, al resistirse ésta, la violencia pasa a ser agresión. Miguel Lorente en su explícita obra *Mi marido me pega lo normal* desvela un detallado estudio de cómo se llega a esta situación, cuales son los pasos y cómo la relación de pareja se va deteriorando hasta dar paso a agresiones psíquicas o físicas que se inflige a la mujer por el mero hecho de serlo. Estas agresiones, que en última instancia se convierten en asesinatos, llegan a la prensa causando estupor, rabia e

impotencia, pero como se ha comentado anteriormente, el lenguaje periodístico es en sí otro discurso y funciona como otra institución más, resulta interesante cómo este lenguaje de la prensa actúa, pues a veces en el tratamiento que se da a la hora de relatar la noticia parece ser la víctima la provocadora de lo que le ha ocurrido, por habérselo buscado, pero eso quedaría para otro estudio.

3.- Bibliografía

- Acebo, I. G. 1996. "El cuerpo de la Mujer y la Tierra." *En Para Comprender el Cuerpo de la Mujer*. Verbo Divino. Navarra.
- Arana, M^a José 1997. "Rescatar lo femenino para reanimar la tierra". *Cristianismo/Justicia*. Barcelona.
- Bartky, Sandra Lee. 1990. *Femininity and Domination: Studies in the Phenomenology of Oppression*. Routledge. London.
- Bernabé Ubieta, Carmen 1997. "Un proyecto holístico: La teología femenina" *En La mujer y la teología. Revista de pensamiento Cristiano*. n^o 191. Valencia
- Bourdieu, Pierre. 2003. *La Dominación Masculina*. Colecciones Argumentos. Anagrama. Barcelona.
- Bronfen, Elizabeth. 1996. *Over Her Dead Body. Death, Feminity and the Aesthetic*. Manchester University Press. Manchester.
- Chodorov, J. Nancy . 1978. *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. University of California Press.
- De la Concha , Ángeles
2004 "La figura materna: un problema transcultural. Reflexiones sobre su representación en novelas de autoría femenina. En *Mujeres y niños primero*. Discursos de la maternidad. Barcelona: Icaria.
- 2000 "Los discursos culturales y la configuración de la feminidad". En Mercedes Bengoechea y Marisol Morales (eds) *Mosaicos y Taraceas: Deconstrucción feminista de los discursos del género*. Universidad de Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá. Madrid.
2007. "Cultura y Violencia de género. Literatura y Mito en la Génesis de un Conflicto Secular." En *Circunstancia. Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Investigación Ortega y Gasset*. Año V, n^o 12. Instituto Universitario Ortega Y Gasset. Enero 2007. Extraído el veinte de abril de 2007. Disponible en

http://www.ortegaygasset.edu/circunstancia/numero12/art4_imp.htm

2010 El sustrato cultural de la violencia de género.

Literatura, arte, cine y videojuegos. Síntesis.Madrid.

- Foucault, Michael. 1973. *Historia de la sexualidad*. Vol. I. Siglo XXI editores. México DF.1995.
- Lips, H. M. 1992. *Women, Men and Power*. Mountain. Myfield Publishing Company. California.
- López Fernández, Melchor “La violencia a la mujer y la alteridad”. Extraído el dos de diciembre del 2006. Disponible en http://www.machetearte.com/machetes2/1130/doc_13.htm
- Lorente Acosta, Miguel.2001. *Mi Marido Me Pega lo Normal*. Agresión a la Mujer: Realidades y Mitos. Ed. Planeta. Barcelona. 2009.
- Mc Dowell 2000. *Género, identidad y lugar*. Cátedra. Madrid.
- Mills, Sara Lynne Pearce,Sue Spaul and Elaine Millard.(eds). *Feminist Readings, Feminists Reading*. Harvester Wheatsheaf. New York, London, Toronto, Sydney, Tokyo, Singapore. 1989.
- Mills, Sara 1997. *Discourse*. Routledge. London.
- Molina, Cristina. *Madre Inmaculada, Virgen Dolorosa. Modelos e Imágenes de la Madre en la Tradición Católica*. Icaria. Barcelona. 2004.
- Navarro, Mercedes (dir) 1996. *Para Comprender el Cuerpo de la Mujer. Una Perspectiva Bíblica y Ética*. Verbo Divino.Navarra.
- Plaza Velasco, Marta Sobre el concepto de” violencia de género”. Violencia Simbólica, Lenguaje y Representación. Universitat de València. Extraído el veintidós del doce del 2008. Disponible en www.uv.es/extravio > 2007.
- Rich, Adrienne 1986. *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Feminismos clásicos. Cátedra. Instituto de la Mujer. **Postfacio edición española M. Bengoechea**. Madrid.1986.
- Saramago, José 2006. *El evangelio según Jesucristo*. Madrid.Punto de Lectura.
- Walby, S. 1990. *Theorizing Patriarchy*. Oxford, Blackwell.
- Warner, Marina.
1991.*Tu sólo entre las mujeres: El Mito y el culto de la Virgen María*. Versión Castellana J.Luis Pintos. Taurus. Madrid.
1996.*Monuments and Maidens. The Allegory of the Female Form*. Vintage. London.